



## **La solidaridad, constitutivo esencial de la empresa**

### **JOSE LUIS GOMEZ LOPEZ-EGEA**

Señores: Estamos en el proceso de incorporación a una sociedad globalizada e internetizada (nuevo verbo?) y que por tanto ha incorporado muchos de los parámetros de lo que se ha dado en llamar sociedad capitalista, nombre que trato de separar en este momento de contenidos teñidos de apasionamiento, ya sea a favor o en contra. Nosotros, que también tenemos errores, poblamos esta sociedad llena de defectos y también de aciertos, y debemos pretender mejorar la situación en función y en beneficio de mucha gente, y en especial de los más necesitados. Estoy seguro de que tenemos esa buena voluntad, esa disposición generosa, pero a veces carecemos de ideas claras y operativas para realizar esos deseos, y a veces nos sentimos muy solos como para poder canalizarlas. A llenar este hueco pretendo hoy contribuir con estas breves palabras.

Es cierto que en la vida económica nos quejamos a menudo de que hay dificultades-yo añado que nosotros mismos somos una de ellas- pero el directivo, ( el verdadero empresario), (el verdadero emprendedor) no soporta la convivencia con dificultades durante mucho tiempo. No espera por otra parte a que se las vengán a resolver desde afuera. Se ocupa él mismo de afrontarlas y superarlas, porque para eso está, para ello tiene vocación, a ese juego le han llamado. Le gustan los desafíos, y no se esfuma cuando que hay que afrontar los problemas. Está acostumbrado a asumir los inconvenientes como algo normal y ordinario, de todos los días. Son los problemas de la gente los que él toma como punto de partida para plantear una actividad o corregirla. Son esos mismos problemas algo así como el objetivo que tiene que resolver su propio emprendimiento. Está él para hacer mejor, o bien, lo que otros aún no han resuelto. Escoge y forma a colaboradores en esa misma línea.

Si me lo permitís, hay vamos a dedicar unos minutos a discurrir acerca de una de las cualidades que menos se destacan al hablar de la empresa y el empresario, y que más se practican en una empresa de verdad. Con palabras sencillas, haré una referencia a la virtud de la solidaridad.

Comenzaré por aclarar que por dicha virtud entiendo la fuerza de los lazos personales que nos unen a otras personas y el consiguiente interés mutuo que se debe traducir en acciones y decisiones concretas de cooperación. Mi postura ante esta virtud se reduce a la aplicación específica de una posición básica ante las relaciones entre la empresa y la sociedad de donde ella surge y a la que está destinada su quehacer. Tal actitud fundamental es el resultado de relacionar los caracteres y naturaleza puramente económicos de todo emprendimiento, con aquellas notas más profundas de las que también participa y que significan nada menos que la cultura, las tradiciones, el ambiente social en la que ella se instala, y sin la que esa actividad económica sería ininteligible. Esta cualidad de la solidaridad no se la encuentra nombrada formalmente en las teorías que estudian la empresa desde el exclusivo ángulo de la economía. Por el contrario, en ellas se destaca más bien la idea de la competitividad que en la teoría se opondría palmariamente a cualquier aproximación al ideal cooperativo.

Sin embargo he llegado a una convicción firme partiendo de la experiencia una y otra vez comprobada personalmente. Ella consiste en que en la misma esencia, en el núcleo vital de la empresa está instalada una fuerza, una dinámica consustanciada con el principio de la complementación y el trabajo en equipo. Gracias a ella las organizaciones humanas subsisten y se desarrollan ampliamente.

Tal vez por pertenecer a una universidad desde hace muchos años, me he podido dar cuenta con mayor profundidad de lo importante que es contar con una raíz de colaboración en el fundamento de toda organización humana, pero a ello mismo se llega siguiendo la pista de las organizaciones empresariales bien planteadas.

La concepción global de la que parto la resumiría así:  
Vivimos en un mundo que comienza a ser globalizado, y donde prevalece lo que se ha dado en llamar sociedad capitalista. Asistimos al peligro de alejamiento, desinterés de unos por otros, de soledad y desconocimiento mutuo. Pero la sociedad capitalista funciona con cierta

regularidad, eficacia y eficiencia en el largo plazo, siempre que ciertos sectores e instituciones sociales no estén impregnados ni animados exclusiva ni primariamente por el espíritu de ganancia a todo trance, o de la búsqueda del mayor beneficio caiga quien caiga. Cuando el alto funcionario, el soldado, el magistrado, el artista, el sabio, el verdadero empresario llegaran a ser dominados por un exclusivo afán de ganancia, la sociedad se hallaría ante un inminente peligro de hundimiento, ante el cual, incluso cualquier manifestación de actividad mercantil estaría seriamente amenazada.

No tengo duda de que los bienes más preciosos y más nobles en la vida humana, el honor, la alegría, el afecto, el respeto por el otro, no deberían considerarse parte de ningún mercado; de lo contrario, cualquier grupo social comenzaría a abandonar aquellos basamentos que sin darse cuenta habría estado subestimando o considerando como un mero adorno.

Incluso los bienes materiales más necesarios y preciosos son abundantes en su gratuidad: el sol, el ambiente, el aire, el agua... y el servicio más fundamental para una nueva persona humana lo proporcionan también gratuitamente los padres.

Se podría afirmar que un espíritu anterior, una cultura que supera al puro capitalismo sin alma, es lo que permitirían durante un período ilimitado sostener los marcos de referencia en los que funciona la economía capitalista. El límite lo podría sin embargo condicionar el comportamiento mismo de la sociedad capitalista. Puesto que sólo se mantendría ese mismo régimen en la medida en que no se perdieran, no se olvidaran y no se desecharan los fundamentos sólidos en los que descansa y que son las conquistas, la cultura y las virtudes que permitieron el comienzo y la expansión del sistema capitalista. Con tales premisas, un avance o aparente éxito de sus parámetros fundamentales se convertiría en el prólogo obligado de su propia decadencia. Un tal sistema, impulsado por su misma expansión y éxito, en la misma medida en que consiguiera la simpatía y el reconocimiento de las masas, en la medida en que desarrollara en ellas el gusto excesivo y exclusivo.

Dicho de otra forma, parecería que el capitalismo entendido en su versión a ultranza y en exclusiva, en lo que tiene de positivo y constructivo resulta ser un subproducto de algo más importante y elevado que ha adornado nuestra sociedad occidental durante muchos años. Si el triunfo del capitalismo puede llegar a ser acompañado por una tendencia a mercantilizar la virtud, glorificar el dinero y la ganancia como principios soberanos, convertir el trabajo en una cosa, y la empresa en una máquina de hacer trampas, en definitiva de subvertir los valores tradicionales, el capitalismo se estaría autodestruyendo. El capitalismo necesita como el aire, como el agua, de una base cultural, de unas costumbres que posibiliten la confianza mutua, el cumplimiento de los compromisos, la transparencia en las acciones, la coherencia elemental entre lo que se expresa y lo que se hace. Todo ello no es posible sin la prevalencia del espíritu de cooperación, el optimismo, el sano interés.

Dentro de esta concepción global, se abre fácilmente su cauce esta idea de empresa como organización humana condicionada y dependiente de otras conquistas culturales y éticas mucho más elevadas. En su interior, cabe destacar el papel que corresponde a la figura del empresario como elemento dinámico fundamental, a quien corresponde velar por las necesidades y ayudar positivamente en los problemas que surgen en el ámbito social que le circunda.

Una concepción realista de la empresa se aleja por completo de los modelos que la presentan tan sólo como un nuevo medio de producción, unificador del resto de los instrumentos económicos.. Acostumbramos a leer la definición de empresa en la teoría económica así: un nuevo medio de producción caracterizado por la búsqueda del mayor ingreso monetario mediante la entrega del mínimo esfuerzo medible en dinero, y en el menor plazo posible. Tal definición, aun escuchado por el oyente más benigno, resulta al menos insuficiente. Es eso, pero también y principalmente, es mucho más que eso.

El hecho de que pueda nacer una empresa requiere ya de antemano unos supuestos acerca del entorno, y muchas condiciones reales: el imperio de una ley, un ordenamiento jurídico que permita la iniciativa privada, un gobierno que respete sus propias leyes, una seguridad jurídica de continuidad mínima, la confiabilidad recíproca entre las personas y las instituciones, un patrón de medida y de cambio fundamentalmente estables, entre otras muchas características.

Si no se puede confiar, no se pueden hacer cuentas, es decir sumar y restar valores homogéneos. Si no hay caminos, falta seguridad, no hay tranquilidad para trabajar; si nadie dice la verdad, y si lo habitual es el robo o la corrupción, no existiría ni siquiera la tentación de pensar en lanzar una mínima actividad empresarial.

Es evidente que un científico de la economía o de la empresa puede trabajar sobre la base de unos principios simplificadores de la realidad. Lo que no puede, sin embargo, es pretender que sus conclusiones coincidan estrictamente con la realidad observable que es compleja e interdisciplinar. A un académico se le puede perdonar su tendencia al reduccionismo en el plano intelectual.

Por el contrario, para el caso de un empresario sería imperdonable este tipo de simplificación. Un directivo real se ve ante la necesidad de asumir - si pretende ser útil de veras- todos los planos de los que se compone una realidad social- la empresa- que concebimos como multifacética. Es en el conjunto de todas esas realidades en donde vive y se desarrolla el empresario, y es también esa realidad múltiple lo que se ve en la necesidad de defender para poder continuar trabajando. De lo contrario se caería en un economicismo reduccionista y destructor.

Al empresario no puede parecerle indiferente cualquier situación política o social perturbadora, porque, entre otros efectos, terminaría por quebrantar las mismas bases del sistema capitalista, como por ejemplo situaciones de monopolio artificial, subsiguiente intervención excesiva del estado, defensa de los trabajadores mal administrada por los sindicatos, enajenación social por uso de droga, disturbios, corrupción, inseguridad pública, violencia callejera, desequilibrio de cuentas oficiales, que serán la manifestación externa de que se van perdiendo los principios firmes a los que antes me he referido, y sobre los que se han consolidado los países civilizados: La solidaridad, el mutuo respeto, la confianza, la lealtad, la verdad son la base del entendimiento y la comunicación entre las personas de cualquier sociedad.

Debido a la brevedad obligada de esta exposición, pretendo citar un solo nivel de razonamiento derivado del principio que acabo de exponer, y que a mi juicio tiene mucho que ver con el desenvolvimiento razonable y efectivo, de los resultados aún económicos que obtienen o dejan de obtener las empresas en el largo plazo.

Se trata de realizar un intento de mayor acercamiento entre la empresa, sus asociaciones gremiales y otras instituciones como la universidad, las organizaciones no gubernamentales. Para ello, trato de llamar la atención sobre un aspecto del espíritu empresarial y que consiste en caer en la cuenta de que la empresa es el fruto y el origen de relaciones cooperativas entre las personas. La actitud empresarial es, entre otras, la de buscar y conseguir la ayuda de mucha gente, ya que la persona humana sigue siendo muy limitada en tiempo, espacio, cualidades intelectuales y morales. Tal limitación es un problema que el empresario está acostumbrado a asumir y resolver a través de su espíritu obligadamente cooperativo.

La empresa es un intento, un propósito que puede nacer en un individuo, pero que ordinariamente involucra a otras personas, siendo por lo general un actuar de carácter colectivo. Supone la existencia de un emprendedor y de un conjunto de medios materiales, pero también de personas que se ponen en movimiento detrás de unos objetivos concretos que no son sencillos, y suelen estar acompañados de ciertos inconvenientes. A menudo se traduce ese intento en la constitución de una sociedad real entre los capitalistas, la dirección general, los funcionarios que la integran, los proveedores, el mercado y los clientes concretos. Esa sociedad trasciende el concepto de sociedad jurídica comercial corriente en el mundo empresarial. Además, el intento empresarial se refiere en el caso de empresas comerciales, a buscar y realizar una forma de servicio a un cierto público más o menos definido en líneas generales, a cambio de una cierta contra prestación que al menos le compense.

Detengámonos ahora someramente en la figura del empresario que identificamos provisionalmente con la de director general. Tal persona, así como los colaboradores que contrata, proceden del seno de una sociedad que les ha dado muchos medios, ideas y experiencia en forma absolutamente gratuita. Esa gente está dotada de un ingenio y unas virtudes que sólo tangencialmente tiene que ver con lo económico. Las cualidades básicas

que definen al emprendedor nos parece que son: visión profunda de algún aspecto no contemplado por otros. Propuesta de objetivos y medios de acción en forma operativa. Acierto en la búsqueda y contratación tanto de personas como de elementos materiales. Autoconciencia de las propias limitaciones. Pero ellas solas no son suficientes. Con el desarrollo de la actividad en el tiempo se van requiriendo otras muchas condiciones. Todas ellas implican una sensibilidad social muy importante. Conocimiento a fondo de cada persona, sus cualidades y limitaciones.

El emprendedor nace de una sociedad solidaria, se nutre de la sociedad acostumbrada a las obligaciones recíprocas que inmediatamente le rodea, y se vuelca hacia la sociedad para atenderla y mejorarla. Esa persona, pues, debe fomentar en sí misma a su vez, una serie de cualidades o virtudes entre las que se cuentan las anteriormente aludidas (solidaridad, el mutuo respeto, la confianza, la lealtad, la verdad como base de la comunicación) y a las que ahora añado: el acierto en señalar a los colaboradores las metas y los caminos para conseguirlas, la constancia y la paciencia para continuar en el trabajo; la facilidad para convivir con las personas que contrata, la buena forma de tratar a la gente, de saber educarla en el trabajo específico la habilidad para transmitirles otras virtudes humanas, comunicarles objetivos y motivación, la capacidad de coordinar el trabajo en equipo, la facilidad para la acción, capacidad de entusiasmo, habilidad para solucionarle problemas pero la atención del empresario no termina en los límites espaciales de la propia empresa. El sabe muy bien que su trabajo está también condicionado por el gran entorno socio político, que puede llegar a ser fuente de numerosas y serias dificultades. Hay un aspecto de la actividad empresarial que debe estar dirigida a superar problemas del entorno, o a mejorar sus condiciones. Casi siempre existirán algunas. Para ello está el, para afrontarlas, superarlas y convertirlas en oportunidades.

No pensar en mantener, mejorar o asegurar los beneficios del entorno del que la empresa obtiene su inspiración y los medios para actuar, creyendo que ello corresponde al Estado es un error muy común en nuestros países latinoamericanos. La hipótesis de que el entorno siempre será favorable se manifiesta como una utopía que de momento parece funcionar y ser gratuita, pero que al final resulta catastrófico mantener.

Si bien a todos corresponde ocuparse del bien común, es la clase empresarial la que tiene más medios y más temperamento, un gran interés, mayor poder y más garra para detectar los problemas, diagnosticar y detener a tiempo los mayores males que se derivarían de una inquietud social, de una inestabilidad y de un deterioro de los que en algunos lados ya tenemos sobrada experiencia.

La clase empresarial, los actuales y futuros dirigentes siempre se ha destacado por su realismo, su capacidad de convicción, su capacidad de acción, por la forma concreta que tiene de influir sobre los acontecimientos cívicos. Por la forma que han tenido de plantearse los problemas y salir al paso de las dificultades. Un verdadero empresario no puede quedarse con los brazos cruzados esperando que los problemas los solucionen los políticos, los académicos o los técnicos. Ellos son dirigentes naturales, y no líderes solamente en el contorno de su empresa. En todo caso ellos contribuirán a razonar y proponer soluciones a los políticos, quienes algo harán de positivo siempre y cuando sean movidos por los empresarios. La sociedad espera mucho de los dirigentes empresariales, lo cual considero razonable y justo. No en vano, y con razón se les señala con el dedo acusador denunciando su corresponsabilidad en el intento de analizar y solucionar los grandes problemas nacionales.

En contra de esta concepción abierta y prudente de la empresa se encontraría aquella mentalidad que se basa en el conocido slogan "Los negocios son los negocios" Mucha gente piensa que el negocio excluye cualquier otra consideración que no sea el beneficio, el lucro buscado por sí mismo y por encima de todo lo demás.

Yo le doy otro significado al slogan, en lugar de descalificarlo limpiamente digo: precisamente porque los negocios son los negocios, es que se impone desde el vamos una necesidad imperiosa de cooperación y solidaridad.

Aquí viene mi sugerencia final: La forma de defender los intereses empresariales ante el entorno político no ha sido siempre la mejor, e incluso ha consistido a veces en prácticas directas o próximas a la corrupción., o de apoyo indirecto a los gastos de los partidos políticos. La cooperación de la que hablo no es la de comprar las voluntades políticas sino la

de realizar estudios serios serenos y desapasionados ante el estamento público que puedan ayudar a los gobiernos a adoptar decisiones impregnadas de aquellos principios a los que ya hemos aludido muchas veces. Para poner en marcha este tipo de cooperación hace falta un trabajo previo de equipos conformados por las fuerzas vivas de la sociedad, entre las cuales pienso que indudablemente se encuentran las organizaciones gremiales, empresariales y obreras, las agrupaciones profesionales, y las universidades. Todas ellas deberían desarrollar una labor cooperativa entre sí, que haría más estable y fecunda.

El economista teórico fue tentado en su momento por el señuelo de dos ideologías: la liberal y la socialista, que como sucede a todas las ideologías puras, carecen de realidad, pero sin embargo influyen mucho en los discursos y las teorías científicas.

El pensamiento liberal a ultranza parte de que el hombre es un individuo aislado sin ninguna obligación impuesta desde afuera, libre de lazos y de compromisos, de que el empresario busca exclusivamente el lucro mayor posible en el plazo menor posible, sin pararse a reparar en ninguna otra consideración que la de los precios, los costos y los dividendos.

Resulta entonces ser una especie de máquina matemática que idea y empuña otra maquinaria llamada empresa que consume y produce recursos medibles en dinero en el corto plazo, con los que repone los insumos, y distribuye la diferencia entre quienes pusieron el capital. El hecho de que no aparezca ninguna referencia a la cooperación permite al menos sospechar que esta ideología es inmantenible en la realidad. Porque insisto en que sin cooperación, no hay empresa.

Por el otro lado nos encontramos con la ideología colectivista, tan materialista y mecanicista o más que la anterior, ya que en ella la única empresa es el Estado, que constituye una máquina omnisciente y omnipotente, quedando los individuos sencillamente aprisionados entre sus engranajes.

En ambas ideologías se parte de los mismos principios: tanto el hombre como la empresas son mecanismos cuya esencia es producir para poder seguir produciendo, no se sabe para quién ni para qué. Con estas premisas se llega a resultados catastróficos para la persona humana y la sociedad.

(He comenzado con una referencia a la desocupación, como un mal social grave que amenaza el porvenir de las empresas. Pero hay otros problemas que se traducen en otros tantos desafíos que hoy nos deben atraer porque en su solución se cifra el porvenir tranquilo de la empresa y fundamentalmente de la familia, que es la empresa humana más importante. Generalmente se piensa que esos problemas se reducen a : El ya aludido fenómeno tan extendido de la pobreza y la desocupación. La reiterada comprobación y la magnitud de la corrupción y venalidad de los políticos. La incompetencia de los profesionales que hoy forma la universidad, fruto del inmenso atraso de la educación en general. El fenómeno del consumo de drogas que se extiende progresivamente. La seguridad pública y la salud.)

Si la sociedad es como un barco que se está hundiendo en todo o en parte a causa de una carga excesiva que no tuvo en cuenta las limitaciones propias de ese medio de transporte, no solamente se echará a perder ella, sino que también hundirá todo el barco y sus ocupantes. Si estamos dentro del barco, no hay duda de que nos hundiremos con el barco, salvo el caso de algún venturoso naufrago. Tales fenómenos impactan en el núcleo y la esencia de la propia actividad empresarial. No se explica, entonces, que la clase empresarial en su conjunto no asuma bajo su responsabilidad directa la atención, el estudio y la solución de esas amenazas, siendo así que se pasa todo el día dedicada a atender y solucionar problemas de todo tipo -en gran medida nimios- que surgen en el sector de producción, de personal o de ventas de la propia empresa.

Alguien podría aducir que se trata de fenómenos que corresponde al Estado afrontar, evitar o allegar el oportuno remedio, para lo cual la empresa aporta recursos en la forma de impuestos. Si bien es cierto que teóricamente esos temas corresponden al Estado, la realidad demuestra que no los ataca, o por lo menos no los soluciona por sí mismo. En parte no lo hace porque carece de una comunicación fluida y adecuada con otros estamentos de la sociedad, en modo notable, con el estamento empresarial.

La empresa, no puede quedarse con los brazos cruzados cuando contempla que está en juego su propia sustancia, su futura subsistencia, en conjunto con la del todo social.

No hay duda de que tenemos los medios para revertir la solución.

No hay duda de que tenemos el carácter para hacerlo.

Solo falta iniciar una acción solidaria común encaminada a:

Definir problemas concretos.

Estudiar soluciones.

Ponerlas en práctica.

Concientizar a los políticos y restos de los estratos sociales.

Preguntas abiertas:

Es lícito y conveniente limitarse cada uno a lo suyo, siguiendo la política del avestruz? Puede continuar la desconexión estado-empresa-universidad-medios de comunicación? Puede seguir ampliándose la brecha entre ricos y pobres?

Surge el empresario del mismo tejido social, y conforma al crear la empresa, un núcleo social, que entrega y recibe bienes y servicios de los diversos núcleos sociales que conforman la sociedad en su definición más amplia. A ello se le llama creación de valor, añadir valor.

Como toda persona humana tiene responsabilidades y derechos frente a otras individualidades, y también frente a los diversísimos estratos y organizaciones sociales tanto informales como jurídicas.

Para que el empresario pueda aceptar y orientarse sobre la dimensión social de su empresa, así como en cualquier otro aspecto de la misma hace falta una estructura conceptual. Es cierto que sería muy conveniente contar con una doctrina orientadora acerca de la empresa, el empresario y su función integral. Así lo han entendido los académicos que han estudiado, investigado, escrito mucho material sobre todo a partir de la proliferación de los socialismos surgidos en el siglo XIX. El empresario no puede quedar al margen de estos estudios, pero ante todo debe figurar a la vanguardia de los estudios sobre la aplicación de las ideas generales. En la doctrina de la función social de la empresa han intervenido muy pocos por no decir ningún empresario de carne y hueso. No voy a abundar en las razones que a mi parecer contribuyeron a esta ausencia notable y lastimosa del empresario en un tema que le resulta connatural, porque no es el momento. Pero hay alguna excepción. No es cierto que el empresario se haya desentendido sistemáticamente de la cuestión social.

Los consejos y gremios empresariales deberían recomendar políticas de manejo y retribución de los recursos humanos, apoyos concretos a la actualización de los asalariados y esfuerzos de reinserción laboral, y reclamar medidas dirigidas a un crecimiento progresivo y sostenido.

Las universidades recomiendan dar un apoyo por el estado y la empresa a los programas de formación y actualización profesional mediante subsidios o políticas indirectas de apoyo. Las organizaciones de solidaridad, bien común y filantrópicas propenden extender el deber de ser solidario, ofrecer todo tipo de ayudas, especialmente económicas a quienes la necesitan.

Mi respuesta:

Al empresario y a los directivos sociales y educativos corresponde una acción firme, positiva y urgente en colaborar al estudio y la solución de los graves problemas expuestos. La empresa tiene que asumir como un costo más, como es la capacitación y los impuestos, su apoyo y contribución al estudio y solución de aquellos problemas que tarde o temprano incidirán en la posibilidad y en la calidad de su trabajo productivo.

Colaborar con la universidad en estudiar la problemática sugerida por el entorno local y el mundial.

Las barreras para una cooperación efectiva entre la universidad y los empresarios.

El empresario sabe, y acepta que tiene fuertes responsabilidades. Es más muchas veces no puede dormir pensando en ellas. Pero con frecuencia no entiende el idioma, los giros, los significados de los académicos. Ello es una consecuencia más de la enorme distancia que de

hecho suele haber entre el mundo universitario y el mundo de la empresa. Como en mi caso personal me he dedicado muchos años a acortar esas distancias, a tender puentes, a buscar la forma en que ambos mundos puedan llegar a comprenderse y a apoyarse mutuamente, pienso que comprendo al empresario que no sabe para dónde disparar cuando analiza un tratado de doctrina social, y ello me lleva a concluir que de alguna forma hay que conseguir involucrar en el estudio y la expresión de los problemas sociales al mismísimo empresario, para que todos esos principios, recomendaciones y soluciones sean verdaderamente operativos.

La empresa, se relaciona naturalmente con individuos y asociaciones, por lo tanto a nadie le asombra que la empresa se sienta sujeto de obligaciones sociales de diversa índole.

#### Recomendación 1:

En cuanto a las asociaciones gremiales empresariales. Se observa que tienden a defender los intereses del statu quo empresarial y en todo caso a organizar servicios de información y asistencia en ciertos temas puntuales de capacitación, actualización en algún tema jurídico, impositivo, etc. Sin embargo parecería constituir potencialmente un punto de encuentro para tratar y proponer al gobierno y a la universidad sujetos de análisis, estudio e investigación que redunden en el bien social general, incluyendo los intereses positivos y de crecimiento de las empresas asociadas.

Vivimos en un mundo difícil, cambiante que ofrece continuos desafíos. La tendencia fácil, conservadora sería la de quejarse, por ejemplo del clima, la falta de lluvia, la inseguridad o los bajos o altos precios, una medida del gobierno. A veces ni se conoce quién es el destinatario de las quejas...parecería como si el empresario necesitara de una continua protección, garantía de ganancia, eliminación de competidores, etc. No aparece en su comportamiento como asimilador de riesgos, riesgos que justifican precisamente los beneficios de carácter extraordinario. En todo caso, debe trabajar para disminuir los riesgos que todo inversor asume, con su inventiva, con su prudencia y su influencia positiva. La ganancia pura nadie la puede asegurar, puesto que al intentar hacerlo desaparecería inmediatamente la razón y la fuente misma de la ganancia.

La interacción entre la organización empresarial como asociación humana y el entorno debería ser más estudiada, mejor conocida por los empresarios. Ellos deberían ser duchos en relaciones humanas y dinámica organizacional más aún que en temas comerciales o industriales, sin despreciar estos últimos. En este sentido podrían ser ayudados intensamente por las organizaciones empresariales aludidas.

En este punto aparece también la necesidad de una estrecha cooperación entre la universidad y la empresa, la universidad y las organizaciones empresariales.

La universidad, como la empresa, es una institución que surge del seno mismo de la sociedad para ofrecer un servicio de primer orden: la transmisión y el cultivo de la ciencia y de las virtudes sociales.

Las necesidades y los problemas que registra la sociedad repercuten de inmediato en una universidad que no esté esclerotizada. A su vez, el clima universitario, su cohesión, su cultura y su estilo de vida impactan de continuo sobre su entorno social, y en especial sobre la empresa. Es la universidad la que imparte formación básica y disciplina mental a las personas que están destinadas a ocupar los puntos clave de la empresa en una época en donde esta última adquiere una relevancia y una importancia fundamentales. Sin embargo existen quienes recogieron la impresión de que estos dos socios naturales atravesaran por períodos de alejamiento, desconocidos.